

deslumbrada de los mexicanos de entonces: la Patria, la Religión, el Amor.

Ortega es un creyente de cuerpo entero; sin una vacilación, sin una duda. Era un fiel y severo católico, obediente a los dogmas de la Iglesia. Su fe, un poco pueril pero respetable, era la de su tiempo; era la ortodoxia común, que, de cuando en cuando, envolvía él en la limpidez sonora de sus versos. Su poema más acabado y elegante, es, sin duda, el que, con unción verdadera y elevada entonación, escribió sobre un asunto teológico: *La venida del Espíritu Santo*.

Canta Ortega cuanto se refiere a acontecimientos de la época, a *México libre* (en un melodrama heroico en el que aparecen personificaciones de la más pura abstracción, como la Ignorancia, el Despotismo, la Libertad, en diálogo y en acción, con la América, y las deidades paganas Marte, Palas y Mercurio), al *Ejército Triguarante*, a *Iturbide*, a la *Instalación de la Diputación provincial*, a las *Discordias civiles*, a la *Epopéya de Tampico*. Lo curioso de estas composiciones patrióticas es que, en una de ellas, está interrumpida, de pronto, la versificación de la silva (combinación de endecasílabos y eptasílabos) y colocada una estrofa de arte menor (una octavilla de seis u ocho sílabas), como fragmento de un him-

no, para volver luego a seguir el curso cadencioso de la oda. Son los primeros rayos de la alborada romántica.

Ortega se valió también de la fábula para hacer poesía política. Hay en su colección algunas composiciones de este género.

El amor que lo inspira es suave y casto, tímido y ruboroso. Se vale, como sus antepasados y sus contemporáneos, como Navarrete y Sánchez de Tagle, de la vieja anacreóntica, del lenguaje de la égloga, del disfraz pastoril, para expresar sus amorosos devaneos. Conserva todavía el convencionalismo y la melosidad de Meléndez. Como Arriaza, es, a veces, elegante y atildado.

Mas en estas farsas infantiles de una poesía mediocre y vetusta, Ortega encuentra el modo de mostrar un alma toda sencillez, un corazón todo pureza.

Los ojos de Delia lo enamoran y fascinan.

Bajo este arcaico nombre, herencia de los *eglogistas* italianos, se oculta la única y suave pasión del poeta. No hay otra en toda la obra. Y se adivina en ella cómo el hombre realizó su ilusión y formó un hogar lleno de castidades y ensueños.

El triunfo de la revolución constitucionalista, en España, puso de nuevo en vigor la ley magna promulgada en Cádiz el año de 1812 y derogada poco tiempo después de haberse jurado aquí en medio de la convulsión insurgente. Tal fenómeno político apresuró la realización de la Independencia. Sin ponerse de acuerdo, absolutistas y liberales coincidieron en creer llegada la hora de hacer viable y definitivo el pensamiento que anidaba en todos los cerebros, el ansia que ocultamente agitaba todos los pechos americanos. El período de crisis social tocaba a su fin.

La literatura nacional rompió a hablar de nuevo, después de su forzado silencio. Habló por medio de folletos efímeros, de cuadernillos alados, de rápidos y humorísticos escritos que se cruzaban, brillando en la obscuridad de la vida mexicana, preñada de inquietud y esperanza, como insectos luminosos en la penumbra de un vasto jardín. No reapareció el periódico circunstancial y constante; no se reprodujo la época de entusiasmo y estímulo del *Diario de México*; no se desbordaron las publicaciones en versos fragantes como cestos colmados de rosas; pero los *panfletistas* de 1810 y 12, los ágiles combatientes de las ideas, sí tornaron a presentarse. Algún

papel, sin embargo, tuvo por poco tiempo el carácter de periódico, como *El Conductor Eléctrico* y *El Argos*; pero su vida fué breve, y tras de breve, intermitente. El tiroteo apasionado, vehementísimo, incesante, lo mantuvo el folleto. *El Pensador*, que escribió entonces muchas hojas volantes, pareció inagotable; su facundia, su fecundidad, hicieron explosión y alcanzaron proporciones gigantescas. Es célebre la polémica sostenida entre el librepensador Fernández de Lizardi y el conservador fray Mariano Soto a propósito de la situación.

Por ella, mejor que por otros escritos del tiempo, se viene en conocimiento del avance, cada día más firme y más rápido, de las ideas nuevas. La lucha intelectual entonces tomó un sólo aspecto: el político. La Colonia no estaba, de derecho, emancipada aún del poder hispano; pero de hecho, comenzaba a estarlo ya, porque, como escribió alguna vez el general Calleja: «Seis millones de habitantes decididos a la Independencia no tienen necesidad de acordarse ni convenirse.»

La terminación de tan largo período de intransigencia fué, como se sabe, el simbólico abrazo de confraternidad que, en un pueblo del Sur, se dieron don Vicente Guerrero y don

Agustín de Iturbide. El general insurgente y el coronel realista fundieron en él la aspiración de absolutistas y liberales, y sellaron, con signo de amor, una ansiada reconciliación y un perdón generoso y sincero.

Mi insigne maestro don Justo Sierra, en su profundo y sintético estudio sobre la evolución política y social de México, resume y explica de esta manera y con nutrida y jugosa concisión, el fenómeno histórico de nuestra Independencia:

«Un capítulo de trescientos años de historia española quedó cerrado el 27 de septiembre de 1821. Comenzaba la historia propia de un grupo nacido de la sangre y el alma de España, en un medio *sui generis* físico y social; ambos influyeron sobre la evolución de ese grupo: el primero, por el simple hecho de obligarlo a adaptarse a condiciones biológicas, bastante, si no absolutamente, distintas de la ambienca peninsular; y el otro, el social, la familia terrígena, transformándolo por la compenetración étnica, lenta, pero segura, de que provino la familia mexicana. Es verdad que a su vez el grupo indígena fué transformado: admirablemente adaptado al medio en que se había desenvuelto, había adquirido un núcleo social que estaba en plena activi-

dad en la época de la conquista. Esta, al mismo tiempo que le proporcionó, con nuevos medios de subsistencia, comunicación y cultura moral e intelectual, la facultad de ensanchar esa actividad indefinidamente, lo sumergió de golpe en una pasividad absoluta, sistemáticamente mantenida durante tres siglos, y que se extendió poco a poco a toda la sociedad nueva.

»La evolución española, cuya última expresión fueron las nacionalidades hispanoamericanas, no tuvo por objetivo consciente (a pesar de que este debe ser el de toda colonización bien atendida, y todo menos eso fué la dominación española en América) la creación de personalidades nacionales que acabaran por bastarse a sí mismas; al contrario, por medio del aislamiento interior (entre el español y el indio, abandonado a la servidumbre rural y a la religión, que fué pronto una superstición pura en su espíritu atrofiado); aislamiento concéntrico con el exterior, entre la Nueva España y el mundo español, trató de impedir que el agrupamiento que se organizaba y crecía, por indeclinable ley, en la América conquistada, llegara a ser dueño de sí mismo.

»Pero la energía de la raza española era tal, que el fenómeno se verificó, y al cabo de tres si-

glos, gracias a que la comunicación se había verificado, como un fenómeno osmótico, entre los grupos en el interior y las ideas en el exterior, se encontró España con que había engendrado Españas americanas; que podían vivir por sí solas, lo que ella se esforzó en impedir por medio de una lucha insensata...»

Por lo que toca a los hechos y aspectos puramente literarios de este lapso de veinte años que he venido analizando, creo que todos ellos pueden reducirse a dos fórmulas:

1.^a La literatura mexicana, desde 1800 hasta 1810, conservó su fisonomía neta y absolutamente española; puede afirmarse que no fué otra cosa que una rama o prolongación de la literatura hispana del siglo XVIII, con todos los caracteres de este período de decadencia: el *culteranismo*, el *prosaísmo*, unidos al atildamiento y artificio *seudo-clásicos*.

2.^a Las agitaciones sociales y políticas que desde 1810 hasta 1821 sufrió la Colonia alteraron las formas literarias, creando la literatura política, y dando entonación heroica a la poesía lírica, siempre con la indispensable y natural dependencia y sujeción de los modelos españoles. En las ideas y en las expresiones que se

transformaron, se nota ya la influencia de la literatura francesa; pero esa influencia no es directa, sino que nos llega por medio de nuestro contacto con el alma española, la cual sufre en aquella época la sugestión y la fascinación del pensamiento francés. Nótase también una marcada tendencia, por parte de algunos escritores, a dar carácter, personalidad y peculiaridad a la literatura novo hispana; a copiar y a reproducir fielmente nuestro medio físico, moral y social, y a hacer entrar en la prosa, y aun en el verso, giros y modismos populares. Esta tendencia, iniciada ya de tiempo atrás, adquiere fuerza y desarrollo durante la guerra insurgente, y tiene por origen la necesidad de hablar al pueblo, en su lengua y con su espíritu, de cosas que necesariamente debía comprender y saber, para animarlo a entrar, como primer factor, en la lucha por su libertad. De allí, la aparición del escritor que personifica este impulso: *El Pensador Mexicano*.

Cuando México se sintió libre, cuando tuvo la conciencia de su soberanía, pasado el primer instante de goce arrebatado y sublime, empezó desde luego a tratar de constituirse en un sólido organismo en marcha progresiva. Y en esa tarea tuvo que recurrir inmediatamente a dos nuevas

formas literarias, de que hablaré al comenzar el estudio de la época siguiente; a saber: el periodismo de doctrina; la oratoria parlamentaria.

México, julio de 1910.

FIN

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ,
EL DÍA VII DE FEBRERO
DE MCMXVII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



